

Las variaciones de una historia de amor en tierra ajena. Conquista amorosa y territorial en dos novelas indianistas de José de Alencar

Laura Posternak

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

Resumen

Tanto *Iracema* (1865) como *Ubirajara* (1874) relatan una historia de amor. La primera transcurre después, y la segunda antes, de la colonización del territorio. Me propongo leer un texto a trasluz del otro y analizar las problemáticas que conlleva el intento de construir las “raíces” de la propia tradición en el marco del romanticismo brasileiro.

Las uniones amorosas –“fecundas” porque ambos protagonistas son recibidos en “tierra ajena”– refieren a una mezcla entre diversos grupos y pueden pensarse como metáforas de una pretendida síntesis que daría cuenta de la “cuna” de la nacionalidad. De ese modo, los textos se proponen establecer una “ficción de continuidad” que proyecte una historia verdaderamente brasileira. Pero esos vínculos amorosos están marcados, desde su origen, por la triangulación y/o el conflicto. Esto complejiza la idea de continuidad y refuerza los inevitables desvíos que configuran el relato. De hecho, la síntesis entre la cultura occidental y la indígena se ve frenada por rupturas llevadas hasta el límite. Resulta necesaria la muerte de una de las partes (en *Iracema*) o un exceso proliferante de mediaciones culturales que dividen la trama textual en dos líneas diferenciadas (en *Ubirajara*).

Ubirajara (1874) “es hermano de *Iracema*” (1865), dice Alencar. A ambas novelas las denomina leyenda ya que “ningún otro título se corresponde mejor (...) a las tradiciones de la patria indígena” (Alencar, 2009: 21). A su vez, se trata de dos textos que relatan una historia de amor que permite reflexionar sobre la problemática de construir simbólicamente las “raíces” o la “cuna” de la nacionalidad en el marco del romanticismo brasileiro. Las uniones amorosas relatadas se refieren al encuentro entre grupos heterogéneos (tribus o etnias y culturas) a partir de los que se apuesta a una “ficción de continuidad”: el inicio de una genealogía, una historia y una cultura “verdaderamente brasileiras” a través del intento de síntesis entre lo indígena y lo occidental.

Los romances que se plantean en ambas novelas pueden leerse en consonancia con lo que postula Doris Sommer en *Ficciones fundacionales*; es decir, como “alegorías fundacionales” con respecto a la construcción de lo nacional a partir de ciertas “uniones productivas”. El proyecto común de este tipo de romances latinoamericanos finiseculares, según la autora, sería el de “construir un futuro mediante las reconciliaciones y amalgamas de distintos estratos nacionales imaginados como amantes a desearse mutuamente” (2003: 41). Pero, en estas novelas las uniones amorosas son precarias, conllevan rupturas, e impliquen triangulaciones que se alejan de la institución matrimonio occidental.

Homi Bhabha nos permite reflexionar sobre esta idea de nación que se intenta construir discursivamente. En *Nación y narración*, señala que la imagen de la nación emerge de un pensamiento político y un lenguaje literario excesivamente metafórico. Una idea cuya compulsión radica en la unidad imposible de la nación como una fuerza simbólica. A su vez, estas construcciones surgen de un “pasado inmemorial” y se deslizan hacia un “futuro ilimitado”. Desde esta perspectiva, la nación como una forma de elaboración cultural, surge por medio de una narración ambivalente que se sostiene como una fuerza de subordinación y fracturas, forzando y guiando su discurso de un modo productivo (1990).

Si nos remitimos al contexto de producción de los textos, es relevante no perder de vista que Brasil, en aquel momento, se encontraba en una situación de consolidación del proyecto monárquico en el que la creación de una determinada memoria pasa a ser una cuestión estratégica. La figura del indígena, en oposición al negro y su esclavitud, permite indicar un origen mítico y unificador. Un símbolo privilegiado, una imagen ideal cargada de autenticidad, nobleza y honra que permite hacer las paces con el pasado y anunciar un futuro prometedor (Schwarcz, 1998).

En consonancia con lo que estamos sosteniendo, las raíces que darían cuenta del origen de lo propiamente brasilero solo iluminarían las raíces de un árbol genealógico artificial, aunque productivo a nivel simbólico e ideológico. Es decir, ese intento de fusión que involucra a dos etnias y culturas diferentes (la occidental y la indígena) puede verse frenado por ciertas rupturas llevadas hasta el límite. Resulta necesaria la muerte de una de las partes, como sucede en *Iracema*. O resulta necesario un exceso proliferante de mediaciones culturales, que detienen o entorpecen el curso de la acción y dividen la trama textual en dos líneas diferenciadas, –las extensas notas al pie en *Ubirajara*–. A su vez, como veremos más adelante, a pesar de que las raíces de ese árbol simbólico contengan lo occidental e indígena, el tronco será la parte más fuerte de esa figura retórica, por lo que lo “uno”, lo único prevalecerá claramente por sobre la diversidad. Es la figura del padre la que tendrá más peso y presencia, y su conexión, directa o no, con la cultura cristiano-occidental.

Mientras que la acción en *Iracema* transcurre en un período en el que el contacto entre europeos e indios era ya un hecho marcado por la colonización del territorio, *Ubirajara*, escrita posteriormente, retrocede en el tiempo y su contexto narrativo es anterior a la llegada de los conquistadores. De este modo, las notas al pie funcionan como un andamiaje por el cual el relato permanece sostenido; la tradición indígena queda ajustada en el molde occidental por la aparición de la voz de un “mediador cultural” que compite con la del “narrador”.

Para adentrarnos en la trama proponemos comenzar por los “encuentros” que inician estas historias de amor. En el caso de *Iracema*, un “rumor sospechoso quiebra la dulce armonía de la siesta”.¹ “La morena virgen”, observa y su vista se perturba: “Delante de ella (...) está un guerrero extraño (...). Tiene en la cara el blanco de las arenas que bordean el mar; en los ojos el azul triste de las aguas profundas.”

Lo “extraño” que llega quiebra el equilibrio desde el comienzo del romance. En el caso de *Ubirajara*, Jaguaré busca un enemigo de otra tribu para vencerlo en combate y ganar un nombre de guerra, pero, en cambio, se encuentra con Araci. De todos modos, a diferencia de lo que sucede en la otra novela, el reconocimiento opera de inmediato: “Por su cinta color de oro, tejida con plumas de tucán, Jaguaré supo que era una hija de la valiente nación de los tocantins” (p. 25), así como ella reconoció el penacho de la tribu de él.

De este modo, a pesar de la variación con respecto al (re)conocimiento; en ambos casos se trata de un encuentro disruptivo en el que una de las partes se encuentra, al menos en principio, en tierra ajena.

Ahora bien, volviendo a la ficción de continuidad que proyectan estas historias de amor, interesa reflexionar sobre el concepto de genealogía que aparece en los relatos y los desvíos, también presentes en las historias, que atentan contra ese modelo arbóreo. En *Ubirajara*, leemos:

Feliz el guerrero que encuentra una tierra valiente y fecunda para la flor de su sangre. El hijo será mayor que él y el nieto, mayor que el hijo. Su generación va así creciendo de tronco en tronco; y forma una selva de guerreros, donde el último cedro se yergue más frondoso y más robusto, porque recibe la savia de sus abuelos. (p. 61)

1 Todas las traducciones de *Iracema* son de la autora. Los datos bibliográficos completos se consignan en la bibliografía final. No se consignan los números de página, ya que se trata de la versión digital de la biblioteca virtual Cervantes.

En este punto, será clave el concepto de hospitalidad que manejan ambos textos. La historia de amor es también fecunda porque ambos personajes masculinos son recibidos en un espacio al que no pertenecen. Pero esa recepción conlleva una tensa ruptura, un desvío: ya sea que anticipe o refiera al proceso de colonización de Brasil, no alegoriza la síntesis original de la fundación de su cultura, sino que da cuenta de un corte de la armonía que reinaba hasta entonces y un reordenamiento en el que la hegemonía del, en principio, “huésped”, se instala sobre la del “anfitrión”. Desde esa perspectiva, se apuesta a una “fusión” de elementos heterogéneos cuya finalidad es entablar un imaginario nacional que se proyecta al implantar, simbólica y materialmente, una cultura sobre otra. El resultado es el desvío, el reordenamiento o la muerte de una de las partes. Finalmente, si algo debe germinar en esas “tierras salvajes”, es la palabra del “dios verdadero” como se señala al final de *Iracema*, luego de su entierro al pie de un árbol.²

La religión cristiana, punto clave de estas novelas, articula, en tanto superestructura, las tramas. Aparece como una verdad impuesta que puede explicar, asimilar y superar las creencias y prácticas indígenas. En el caso de *Iracema* la religión aparece en contra de la pasión amorosa que –en tanto “ardiente llama” o “intenso fuego” que puede quemar el cuerpo–, se asocia a una imprudencia, a un peligro. De este modo, leemos que: “El cristiano rechazó del seno a la virgen india. Él no dejará el rastro de la desgracia en la cabaña hospitalaria. Cierra los ojos para no ver; y llena su alma con el nombre y la veneración de su Dios: –Cristo!... Cristo!...”.

Esta relación que se forja entre unión amorosa y desgracia, no solo es percibida desde la perspectiva del personaje cristiano. Una vez producido el encuentro entre los futuros amantes, ella le explica que no puede ser su “sierva” porque “es ella la que guarda el secreto de la Jurema y el misterio del sueño”. Su condición, implica que “el guerrero que poseyera la virgen de Tupa moriría”. Por su parte, el padre de Iracema, al presentir la inminente unión amorosa, suelta un “gemido doloroso”, debido a un “funesto presagio para la raza de sus hijos”.

En el caso de *Ubirajara*, la religión cristiana aparece como tema en las notas al pie. Para esto, tal como señala Lucía Sá en la introducción a la novela, Alencar presenta un indio que se porta sexualmente de acuerdo con los códigos morales cristianos del casamiento y la virginidad; monoteísta, y cuyo ritual más difícil de asimilar, la antropofagia, es comparado con la comunión cristiana. De este modo, por ejemplo, en la nota nº 10, se refiere al rito de “la liga roja” que solo podían usar las “vírgenes” tupíes para marcar el valor de la “castidad”. Las notas al pie, entonces, funcionan como un andamiaje por el cual el relato permanece sostenido o enmarcado en un molde occidental. A su vez, las notas producen un discurso organicista que connota crecimiento, evolución y jerarquías. Alencar sostiene que la superstición de los indios es “la religión en la infancia de la humanidad” (nota nº 22). La fase superior sería, claramente, el cristianismo. Sin embargo, el formato escindido del texto, la división entre esas prolíficas notas explicativas y la trama de la novela atentan contra la idea de que existe un enlace “natural” entre las partes del deseado continuo.

Podemos decir, entonces, que las historias de amor quedan trascendidas o iluminadas por el cristianismo. En el caso de *Iracema*, tras su muerte, Martín parte con su hijo que será criado en la tierra paterna. Cuando vuelven, el protagonista (re)fundó la tierra, que ahora es de cristianos. En este nuevo espacio, la madre india está ausente y solo hay un padre fundador.

Ubirajara transcurre, como ya mencionamos, en un tiempo anterior a la llegada de los conquistadores. De este modo, mientras que el primer texto se enfrenta a un encuentro entre partes

2 Es sugerente esta última escena y su conexión con la siguiente frase de *Ubirajara*: “Entre los hijos de la selva, la plantación debía ser hecha por la mano de la mujer que era madre de muchos hijos porque ella trasmite a la tierra su fecundidad” (p. 69). La mujer queda asociada doblemente al concepto de fecundidad. La (re)producción y la fertilidad de la tierra, la necesidad de una descendencia, de una siembra y su respectiva cosecha quedan fundidas y producen su juego con relación a la doble acepción del término conquista: amorosa y territorial.

tan heterogéneas, el segundo lo conjura a nivel narrativo³ (ahora solo pertenecen a diversas tribus), aunque lo amplifica de un modo anómalo en las desmesuradas notas al pie. En ese corrimiento, podemos observar el pasaje desmedido que va, en vaivén, del narrador al “mediador cultural”. De todos modos, hacia la mitad de la trama, ya se anuncia la llegada de otro tiempo; los “pajés” le cuentan al héroe que los “hijos de la gran serpiente del mar” o “caramurú” (guerreros del mar), saldrían un día de las aguas “para arrebatarse la tierra a las naciones que la habitan”. Cruzar el océano, al igual que sucede en *Iracema*, es señal de cambio.

En *Cómo y por qué soy un romancista*, observamos que el mar aparece como una “temeridad del hombre en lucha con el abismo” (Alencar, 2003: 22).

Podemos decir que en estas novelas, Alencar se propone sublimar ese abismo. La profundidad inmensa e ilimitada del mar conduce a los “guerreros” a una tierra fecunda donde plantarse. Hecho irruptivo que marca un quiebre, un claro antes y después marcado por una tajante discontinuidad.

Iracema, situada alrededor de 1603, cuando los portugueses están fundando sus primeros establecimientos en lo que hoy es el estado de Ceará, ilustra a la perfección este planteo. El texto, basado en hechos históricos, focaliza, en la “virgen morena” y su encuentro con el colonizador. Tal como lo señala Wasserman (1983), ella es descripta en términos de la vegetación nativa, pájaros y animales. Sus conocimientos sobre las plantas alucinógenas y sus funciones rituales la conectan por completo a la tierra y a su comunidad de modo armónico. La aparición de Martín es el comienzo de un gran cambio para su vida y entorno. En este punto naturaleza e india se funden para sentar las bases de lo único e intransferible de la nación brasilera. Esto es, la tierra fecunda, donde se planta el elemento europeo-colonizador. Desde esta perspectiva, la región e Iracema quedan compelidas a una misma demanda. Las derivas de la misma, son contundentes en el relato. Ella se desarraiga, abandona la tierra de su comunidad, para protegerlo y seguirlo en la búsqueda del propio territorio para el guerrero extranjero.

A partir de ese momento, la tierra comienza a ser ajena para ella, mientras que va dejando de serla para él. El tiempo en el que Iracema y Martín pueden vivir su historia de amor es un período particular y precario en el que ambos viven, transitoriamente, fuera de su comunidad, desarraigados de su cultura. Esas son las circunstancias en las que el romance da su “fruto”. La sangre del guerrero vive, ahora, en el “vientre fecundo de la esposa”.

En este punto la metáfora del “árbol” (re)cobra importancia y recae sobre el propio sitiador. Así leemos que “el guerrero sin la esposa es como árbol sin hojas ni flores; nunca verá el fruto”. Por su parte, Iracema con su “talle de palmera”, se metamorfosea en un árbol herido. En términos de metáforas botánicas, la vida de uno implica, en esta instancia, la muerte del otro. Iracema le dice a su amado:

Ven tus ojos allá el hermoso jacarandá, que va subiendo las nubes; a sus pies todavía está la seca raíz del arbusto frondoso, que todos los inviernos se cubría de ramaje y frutos rojos, para abrazar el tronco hermano. Si ella no muriese, el jacarandá no tendría sol para crecer aquella altura. Iracema es la hoja oscura que hace sombra en tu alma; debe caer, para que la alegría ilumine tu seno.

Ella le anuncia, entonces, que cuando su hijo deje su seno, morirá “como el abati después que dio su fruto”. Cuando Martín regresa de una batalla, su mujer agoniza. De este modo le en-

3 Sin embargo, como ya lo mencionamos, también en la trama podemos leer la problemática del desvío por sobre el intento de sostener una continuidad. Ubirajara se unirá a dos mujeres que, en principio, pertenecen a tribus diferentes que aunque, a través suyo formen “la gran nación”, que toma el nombre del héroe, no dejarán de abrir dos genealogías diferentes. “Araci es la esposa del jefe tocantim; Jandira será la esposa del jefe araguaia; ambas serán las madres de los hijos de Ubirajara” (p. 113). A su vez Jandira, será la “sierva” de su esposa; hecho que marca una relación de jerarquía y dominación de una línea materna por sobre la otra.

trega “el primer cearense”. Luego, solo tras su muerte, Iracema vuelve a ser parte de su entorno al integrarse con la tierra, sobre la que se asentará otra cultura.

En *Ubirajara* la conquista aparece, nada más ni nada menos, como una profecía, un hecho anunciado que sucederá en un tiempo lejanamente posterior a los hechos narrados en la trama. En esta línea, la construcción de los personajes a través de sus conexiones y sus comparaciones con la naturaleza que los rodea no sufre las mismas derivas drásticas que conducen a la muerte del elemento indígena, como sucede en *Iracema*. Pero si focalizamos en la figura del “árbol”, tan significativa en ambos textos, podemos observar una relación con variaciones. El argumento de esta última novela indianista, al relatar la iniciación de un héroe junto al nacimiento de una nueva nación indígena, da lugar al planteo de un germen autóctono, o más bien una base, de lo que luego será la nación brasilera. En este punto, también determinado personaje sufre la necesidad de caer para que otros crezcan. En este caso, el jefe tocantim debe resignar su posición para que Ubirajara lo reemplace en su tierra. Luego sucederá lo mismo; el esquema se repetirá, aunque el contenido será otro y las consecuencias más extremas, esto es, la ocupación de la tierra por parte de los colonizadores junto a la imposición de su cultura.

Pero volviendo al guerrero Ubirajara, este también encuentra, al expandir el dominio de su territorio, “una tierra valiente y fecunda para la flor de su sangre”. La virgen tocantim recibe sus palabras y contesta esa frase que resuena como un eco hacia el futuro: “feliz la tierra que recibe la semilla del cedro frondoso y robusto” (p. 61); pero le señala que él debe buscar esposa en la aldea de su nación, aludiendo a Jandira, la virgen araguaia que en principio era su prometida. De este modo, el desenlace es diferente. En principio, “desde que Ubirajara abandonó a Jandira, ella comenzó a morir, como la vainilla que el viento arranca del árbol” (p. 71). Pero Araci le ofrece que compartan a su amado. Esa genealogía, podrá ser realizada sin muertes de por medio.

La diferencia se juega en el marco de cierta repetición. También en esta novela, publicada nueve años después, opera la ley de la hospitalidad, pero ese “otro” recibido ya no es un extranjero absoluto. Sin embargo, el huésped, que no menciona su identidad, es un enemigo de la tribu y su condición, luego revelada, conduce a la guerra entre la nación araguaia y la tocantim. Aquí la “ley de la hospitalidad” se quiebra y Ubirajara debe combatir para recuperar a Araci, su prometida en la que pronto será también su propia tierra.

Pero en este punto, los tocantins deben enfrentarse a una tercera tribu. Como consecuencia de la batalla, Itaqué, su cacique, queda ciego. Entonces, la tribu tocantim queda con un jefe que es “como un tronco llevado por la corriente” (p.103). Hacia el final de la novela, el consejo que lo rodea le propone que comparta su poder, pero él señala un árbol y advierte: “Él tiene muchas raíces que lo sustentan en los aires, tiene muchas ramas que lo cercan y que se extienden a lo largo de su rama. Pero el tronco es uno solo” (p. 104). El tronco, señala, es el jefe de la nación; “si el se divide, el jatobá no subirá a las nubes ni tendrá fuerzas para resistir al huracán” (p. 104).

Surge así un cambio y nace, la gran nación de Ubirajara, el jefe de los jefes quien, por su extraordinaria fuerza, será capaz de blandir los respectivos arcos y de repartir su amor para generar la descendencia. De todos modos, esa proyectada continuidad sufrirá una ruptura mayor; los “hijos de la gran serpiente del mar” le arrebatrán la tierra a las naciones que la habitan, por lo que otro tronco se impondrá (y ya sabemos que solo puede haber uno). Estos romances indianistas narran, entonces, relatos de conquistas amorosas y, a su vez, territoriales. El intento de convergencia de la cultura indígena y occidental da cuenta, en todo caso, de las raíces de un árbol discursivo claramente artificial.

Bibliografía

- Alencar, José de. (en línea) [1865] 2003. *Iracema*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Alicante, en: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras02438374212810285754491/index/htm>
- , [1874] (2009) . *Ubirajara*. Bs. As. Corregidor.
- , [1893]. (en línea) *Como e porque sou un romancista*.
- Pará de Minas. 2000-2003. M&M Editores, en <http://www.scribd.com/doc/7021229/Como-e-Porque-sou-Romancista>
- Bhabha, Homi K. 1990. *Nation and Narration*, Londres, Routledge.
- Candido, Antonio. 1981. *Formação da Literatura Brasileira (momentos decisivos)*. Belo Horizonte, Itatiaia.
- Mautner Wasserman, Renata. 1983. "The Red and the White: The *Indian* Novels of José de Alencar". PMLA 98, pp. 15-827.
- , 1984. "Re-Inventing the New World: Cooper and Alencar", *Comparative Literature*. 36, pp. 130-145.
- Moritz Schwarcz, Lilia. 1998. *As barbas do Imperador, D. Pedro II, um monarca nos trópicos*, Sao Paulo, Companhia das Letras.
- Sommer, Doris. 2004. *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina* Bogotá, Fondo de Cultura Económica.

CV

LAURA POSTERNAK ES LICENCIADA Y PROFESORA EN LETRAS (UBA). CURSA LA MAESTRÍA EN LITERATURAS ESPAÑOLA Y LATINOAMERICANA, Y ES ADSCRIPTA A LA CÁTEDRA DE LITERATURA LATINOAMERICANA I EN LA MISMA UNIVERSIDAD. INTEGRA UN GRUPO UBACYT TITULADO "ASEDIOS CRÍTICOS A LA REPRESENTACIÓN EN LA LITERATURA LATINOAMERICANA". HA PUBLICADO "LOS VIAJES DE SARMIENTO Y GROUSSAC A EE.UU. COMO CONSTRUCCIONES IDEOLÓGICAS", EN WWW.LEHMAN.EDU/CIBERLETRAS/V18.HTML